

## BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

JOSE RIBERA (*El Españoleto.*)

Hacia el año de 1609, vivía en la ciudad de Roma el joven José Ribera, y á pesar que no contaba mas que 16 años, recorría ya cubierto de andrajos las calles de la ciudad, contemplando las fachadas de sus casas, las plazas, los jardines, las iglesias, y estudiando en todos los sitios de donde no le repulsaba su miseria, las obras maestras de los artistas de todas épocas. Vivía allí sin padres, sin amigos, sin persona alguna que pudiera

interearse por él. Era poco robusto, y su salud se encontraba muy quebrantada por las privaciones continuas de su vida miserable; no obstante conservaba una grande energía de carácter, y verdadero español, era tan orgulloso de su origen, que sus compañeros le dieron el sobrenombre del *Españoleto*, aludiendo á su pequeña estatura.

Su padre era natural de Mércia segun unos, y de

Valencia según otros, y pertenecía á una familia distinguida de esta ciudad, y tuvo tres hijos, de los cuales dedicó dos á la carrera de las armas, y conociendo que la complexión de Ribera, que era el menor de los tres, no le permitía abrazar esta carrera, le hizo emprender la eclesiástica y le envió á la universidad de Valencia.

Allí encontró entre sus discípulos á un hijo del pintor Ribalta, quien tuvo ocasión de admirar su talento, y mandó inmediatamente á su hijo que lo trajese á su taller. En poco tiempo hizo bajo la dirección de éste progresos tan rápidos, que sus padres consintieron que abandonase la carrera de las letras, para dedicarse exclusivamente á un arte, para el que mostraba tan brillantes disposiciones, y se decidieron á dejarle partir para Italia. Allí encontró á su hermano mayor, que mandaba una compañía de españoles, pero los sucesos de la guerra obligó bien pronto á separarse á los dos hermanos, y Ribera quedó solo, sin recursos de ninguna especie en un país, cuya lengua ignoraba todavía. Entonces se determinó á ir á Roma, donde pasó los días enteros estudiando, y por la noche dormía sobre el suelo, ó al abrigo de un pórtico. La figura de sus dibujos y el esmero con que los concluía, le distinguieron bien pronto entre los demás jóvenes que se dedicaban á este mismo estudio.

Un día que dibujaba delante de una casa algunas figuras Polidoro de Caravaggio, un cardenal que pasaba por allí, se puso á observarle, y acercándose á él le preguntó acerca de su posición, ideas y medios de subsistencia. Ribera le contó brevemente su desgraciada historia, y el cardenal conmovido de su miseria, al propio tiempo que estimulado por su aplicación, le hizo subir á su coche, y le alojó en su palacio, dejándole todo el tiempo libre para sus estudios.

Allí disfrutó de todo el regalo, y de todas las comodidades por espacio de algunos meses, hasta que un día se puso á meditar en el tiempo que había perdido, y en la nulidad en que le constituía su nuevo método de vida; entonces dejó sus vestidos brillantes por sus andrajos, y sus comidas espléndidas por un pedazo de pan, que pudieran prodigarle sus compañeros, y reconvenido por el cardenal de su ingratitud, respondió que la indolencia y la ociosidad le estaban prohibidas, y que creía lo mejor el partido que acaba de adoptar.

Entonces se dedicó al estudio de las esculturas antiguas, y de las obras de los artistas de la Italia moderna, pero daba su preferencia á las de Julio Romano, á las de Polidoro, y sobre todo á las pinturas penitentes de que estaban llenas las iglesias. Un día llegó á ver en la de S. Luis de Francia, las obras de Miguel Angel de Caravaggio, las cuales despertaron toda su admiración, particularmente la conversión de S. Pablo, obra consumada de este pintor. Hasta entonces habia admirado á Rafael, á Ticiano, á Miguel Angel, aquel día se veía ya confundido, anonadado, y no se atrevía á moverse, por no perder el halagüeño encanto que le proporcionaba aquel cuadro, que le hacia conocer en su autor á su maestro y á su Dios.

Desde entonces su pensamiento fue solo el acercarse al hombre que pudiera enseñarle una pintura de esta especie, y cada vez que se le presentaba esta idea fluctuaba entre el temor y el deseo. Muchas veces llegó á acercarse á los umbrales de su puerta, y otras tantas la retraja el temor de hablar á un hombre tan grande: un día se decidió enteramente á dirigirle la palabra, y solo le dijo, «desearia veros pintar.» Caravaggio continuando su camino, y echándole una mirada penetrante que le dejó confundido, le respondió, «sígueme» y se puso á pintar en su presencia con todo el poder del ingenio y

del talento. Mañana, le dijo luego que concluyó, mañana tú vendrás á pintar. ¡Mañana, repitió el joven Ribera, mañana...! Y no acertaba á contemplar lo que pasaba en su alma. Al día siguiente pintó, y continuó recibiendo sus lecciones por largo tiempo.

Acompañó á Caravaggio á Nápoles, y trabajó en su taller durante dos años, que pasó en esta villa en su compañía.

Ribera empezó á hacer una fortuna considerable, merced á sus talentos y aplicación, y aquel virrey le nombró su primer pintor, con una pensión considerable. Hizo varias pinturas para las iglesias de Nápoles, y cada día se notaba mas el vigor, la verdad y la precisión en sus obras. La última de éstas es tan perfecta y luminosa, que á no tener el nombre de su autor, se creería era la obra maestra de Corregio.

Tenia en su casa las reuniones mas brillantes, á las que solian asistir todos los principales señores de la corte, y aun el mismo D. Juan de Austria, solia honrarlas con su presencia; en ellas bailaban, daban conciertos, y Ribera sacaba de estas reuniones mil medios con que disponer sus grupos para trasladarlos al pincel.

Su costumbre diaria era pasear á caballo por las mañanas, y despues retirarse á su trabajo, el cual tomaba con tanta afición, que se le pasaban los días enteros sin comer ni beber, y se vió precisado á tomar un hombre que le avisase las horas de tomar su alimento.

Sus obras mas notables, y que mas renombre le adquirieron fueron: la de S. Francisco Javier de la capilla real, y la de S. Geronimo, cuya imagen se copia en Europa donde no exista alguna enteramente variada. El Descendimiento de la Cruz en la Cartuja de S. Martin en Nápoles y los célebres lienzos que pintó por el Conde de Monterrey y existen en la iglesia de monjas agustinas de Salamanca colocan á nuestro pintor en un rango elevadísimo.

El talento de este hombre nervioso é irritable, su precisión y su vigor son superiores á todo elogio: su pintura tiene siempre una fuerza de color y un efecto tal, que ninguno ha podido esceder. Elegía con preferencia los objetos terribles y melancólicos, y sus martires les pintaba en el momento mas atroz de sus tormentos. Mucho mas pudiéramos decir de este célebre pintor, si lo permitiesen los estrechos límites de nuestro periódico, pero antes de concluir, no podemos menos de manifestar que ha dejado un considerable número de estampas al agua fuerte, que son muy estimadas, y que entre ellas merecen la preferencia una Bacanal, un S. Geronimo, y el retrato de D. Juan de Austria á caballo, obras todas de un mérito nada comun, y que contribuyeron á aumentar la gloria, que con tanto fundamento goza este célebre pintor.

La gran protección que le dispensaba el bastardo de Felipe IV, era objeto de las habilitas del malicioso vulgo, que supuso que causaba al grande amor que tenia el virrey á su hija mayor dotada de extraordinaria belleza. Sabido por Ribera, partió lleno de pesar de Nápoles, sin que haya podido volverse á saber de él.

Antonio



## ESCENAS MATRITENSES.

### EL MARTES DE CARNAVAL Y EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

Las locuras del Carnaval tocan á su fin; la hora suprema del Martes ha sonado ya en todos los relojes de la Capital; la población, sin embargo, ensordecida con el bullicioso ruido de las músicas y festines, no escucha la fatal campana que le advierte grata y sonora que todo tiene término, que la mano severa de la razón acaba de arrancar la máscara á la locura. Esta, empero, tenaz y resistente, todavía pretende prolongar su dominio, y no contenta con algunas semanas de tolerada adoración, cambia mil disfraces, y hasta se atrevió á profanar el de la religión misma para continuar arrastrando en pos de su carroza á los desalentados mortales...

¡Qué horas tan pródigas de sucesos aquellas en que la noche del Martes lucha tenazmente con la aurora del día santo!... ¡Que extravagancia de escenas, que vértigo de pasiones en los últimos instantes del reinado del placer! ¡Que contraste ominoso con la tranquila calma de la religión y de la filosofía! Ellas sin embargo vencieron con sus naturales atractivos, con su envidiable reposo, y apoderándose de los corazones embriagados de placer y de voluptuosidad, restituirán la calma á los sentidos, el bálsamo de la paz á los corazones agitados. Tal la voz pura y sublime del Redentor del mundo, cual rayo de viva luz penetró en las Bacanales del pueblo rey, y á su aspecto se deshicieron como sombras los ídolos del paganismo.

Pero ¿quién detiene su imaginación en estas consideraciones, cuando se halla instalado en un rico salón, dorado y fulgente á la luz de mil antorchas, sonoro á la vibración de los músicos instrumentos, henchido de vida y movimiento en mil grupos vistosos de figuras extrañas, que con sus variados ropajes, sus disfraces caprichosos, sus agudos diálogos, ofrecen un traslado fiel de la vida animada, de los diversos matices de la humana sociedad? —Austero Filósofo, que estudias y lamentas las debilidades del hombre; dirige entonces tus severos preceptos al joven animoso que por primera vez se mira en aquel momento coronado con una dulce mirada, con un síllogero del envidiado objeto de su amor... Te miraré con ceño ó acaso no reparará en tí; pero si insistes en aconsejarle, en mostrarle el fiel espejo de la razón, en hacerle adivinar un porvenir doloroso tras de aquella mirada, tras de aquel dulce y halagüeño sí; te volverá la espalda, ó frunciendo los labios ante tu grave y mesurada faz, te dirá con sonrisa desdeñosa... «Máscara; no te conozco, dejame bailar.»

Pura y candida Virtud, que ceñida de blanco lino, la sien coronada de laurel, apareces de repente á los deslumbrados ojos de la noble cortesana, que envuelta en seda y pudrición apenas acierta á divisarte, por entre la nube de incienso que sus adoradores tributan á sus pies... dile entonces lo falaz de sus promesas y juramentos; la mentida ficción de las grandezas humanas, los cándidos placeres de un corazón sencillo ó inocente. «Apartate de mí, Beata, (te replicará con imperio), no pises los bordados de mi manto, no deshojes con tu aliento de mal tono la frescura de las rosas que nacen en mi frente; Ea marchate.»

Y vosotros también grande y noble Sabiduría, austero

Deber, dulce y tranquilo Amor conyugal, apareced de repente ante el descuidado autor que emplea en aquellos instantes todo su talento en seducir á una niña inocente ó en dejarse engañar por una astuta cortesana; ante el noble magistrado que arruca la severa toga de la justicia, por el callado y maligno dominó; ante el marido mundanal, ante la esposa terrena, que se separan voluntariamente en busca de aventuras, y vuelven á encontrarse á la hora convenida, haciendo alarde de su mútua infidelidad. Apareced, digo, entonces de repente ante esos grupos bulliciosos; cortad de improviso sus diálogos animados; reflejao en su mente como un recuerdo instantáneo de sus respectivos deberes... Vercis frunciase sus frentes, despartirse su arrogancia, y pretender arrancarnos la carata (que no tenéis) diciéndoos con indignación: «¿quien sois, máscaras insolentes, ó que venís á hacer aquí?»

Todo es, en fin, placer y movimiento, y risa y algazara, y cuadros halagüeños, sin pasado y sin porvenir; la capital entera resuena con las músicas armoniosas; por las anchas ventanas se desprenden torrentes de luz, y el confuso sonido de la conversación y de la danza; mil carruages precipitados surcan en todos sentidos las calles, para conducir á los respectivos saraos á los alegres bailarines; la plateada luna refleja sus luces en los mantos recamados de oro, en las trenzas entretregidas de pedrerías; yacen desocupados los lechos conyugales, el opulento palacio, y el elevado zaquizami; todos sus moradores dejanlos precipitados, y corriendo en pos del títere de la locura, acuden de mil partes á las bulliciosas mansiones del placer, á los innumerables templos de aquella Diosa del Carnaval.

¡Qué importa que á la mañana siguiente, el sol terrible, alumbré la desesperación del cortesano, la miseria del indigente, la enfermedad del cuerpo, ó el horrible tormento de un engañado amor!... ¡Qué importa!... Hoy han hecho una tréguu los dolores; el hambre y la guerra han cubierto un instante su horrorosa faz; los recuerdos de lo pasado, los temores de la futuro han cedido á la mágica esponja que la locura pasó por nuestras frentes... ¡Se acaba el Carnaval! ¡es preciso disfrutarle!... y marchan y se cruzan las parejas precipitadas, y retieñblan las altas columnas, y gimie las modestas vigas al confuso movimiento que empezaron en los sótanos sombríos adonde tiene su oscura mansión el pordiosero, concluye bajo los techos artesonados y de inextinguible valor...

La luz del sol, pura y radiante como en los días anteriores, penetra descuidadamente en lo interior de esta escena, y pintando de mil matices los empañados cristales de las ventanas, viene á herir los descuidadas frentes, los oscilentes ojos de las hormonas; á su terrible y mágico talismán aparecen también las enojosas arrugas de los años, los estudiados afeites de la fingida beldad; rasgase el velo de la ilusión á los ojos del amante; hielase las palabraven los labios del cortesano; en vano la incansable locura quiere prolongar por mas tiempo su dominio; sus adoradores ven clara á la luz del sol su desengañada y mortecina faz... y envolviéndose avergonzados de sí mismos, en sus falsos ropajes, y beullando su semblante en el fondo de sus carrozas, toman á sus respectivas habitaciones donde á la cabecera de su lecho los espera la triste realidad...

## II.

Suena cercano el monotonó clamor de una modesta campana que llama á los fieles á la ceremonia religiosa que va á empezar en el templo. Cruzan desapercibidas

por delante de sus puertas las bulliciosas parejas, los elegantes carruages, sin que á penas ninguno de aquellos dichosos mortales se dignen parar un instante su imaginación en el saludable aviso envuelto en el sonido de aquella campana... Alguno, sin embargo, ó mas desdichado ó mas prudente, recoge animoso su inspiración, y deseoso de aprovecharla, pisa los sagrados umbrales, y entra en el templo en el momento mismo en que va á principiarse la sagrada ceremonia... ¡Qué apacible tranquilidad, que solemne reposo bajo aquellas santas y ensombreadas bóvedas! ¡Qué misterioso silencio, en la piadosa concurrencia! ¡Qué noble sencillez en el sacrificio santo! ¡Qué contraste, en fin, sublime y magestuoso con el cansado bullicio, con el mentido aparato de la mansión de la locura!... Los fieles concurrentes no son muchos en verdad; pero tampoco el templo se halla tan desocupado como era de temer de las escenas de la pasada noche... Refléjase en los semblantes, ya la tranquilidad de una conciencia pura, ya la tregua religiosa de un profundo dolor; ora la rápida luz de una esperanza; ora la animada expresión de un ardiente y noble deseo...

¡Vosotros, pintores apasionados de las debilidades humanas, pretendidos moralistas modernos, novelistas y dramaturgos, escritores de conveniencia, que os atrevéis á fulminar el dardo envenenado de vuestra pluma contra la sociedad entera, pretendiendo negar hasta la existencia de la virtud... ¿la habéis buscado acaso en el sagrado recinto de la religión; en el modesto hogar del tierno padre de familias; en el taller del artesano; en el lecho hospitalario del infeliz? ¿ó acaso, desdeñando indiferentes estos cuadros, reflejáis solo en vuestra imaginación y vuestras obras, los que os presentan vuestros dorados salones, vuestros impúdicos gabinetes, vuestras inmundas orgías, vuestros embriagantes cafés?... ¡Y pretendéis ser pintores de la naturaleza, cuando solo la contempláis por su aspecto repugnante?... ¿Crisis conocer al hombre, cuando solo pintáis excepciones? ¿os atrevéis á retratar la sociedad, cuando solo hacéis vuestro retrato ó el de vuestros semejantes? Temeridad, por cierto, sería la de aquel que pretendiera juzgar de la impureza de las aguas de un magestuoso río, por las escorias y el lodo que sobrenadan en su superficie, sin reparar que allá en el fondo de su lecho, y entre las menudas arenas, corre tranquilo y gusta de permanecer escondido lo mas puro y limpio de su raudal.

Concluido el santo sacrificio el sacerdote baja las gradas del altar, y pronunciando las sublimes palabras del rito, va imprimiendo en todas las frentes la señal del polvo en que algun día han de ser convertidas. Ni un suspiro, ni una lágrima, aparecen á tan funebre aviso en aquellos semblantes, en que solo se ven retratadas la conformidad y la esperanza; y tan apacible alegría, contraste sublime de la triste señal, sin duda sorprendiera á aquel desgraciado que no siente en su pecho el bálsamo consolador de la religión.

Entre los varios grupos interesantes que se ofrecen á la vista por todo el templo, uno sobre todos llama la atención en este momento... Un venerable anciano, cuya blanca cabellera se confunde naturalmente con la mancha de la ceniza que lleva en la frente, trabaja y se afana, ayudado de su muleta, para incorporarse y ponerse en pie... Sus débiles esfuerzos serian insuficientes, sino contase con otro auxiliar mas poderoso... Una figura angelical de mujer, en cuyas hermosas facciones se pinta toda la pureza de un corazón tierno é inocente, corre á sostener al impedido anciano, y confundir sus blanquitas manos con las secas y arrugadas del anciano. Mirala este lleno de gratitud, y sus lágrimas de ternura parecen dar nuevas

fuerzas á la tierna criatura, que prestando sus débiles hombros al pobre viejo, le conduce lentamente hasta la puerta del templo, entregándole al mismo tiempo una moneda, única que en su bolsillo existe... ¡Aquella jóven era su hija, aquella moneda el premio mezquino del trabajo de su costura en toda la noche anterior...! ¡y aquella noche habia sido la noche dichosa del Carnaval!... y los alegres libertinos que regresaban de los bailes, al pasar por la puerta del templo, y viendo salir de él á aquella modesta haldad, se detienen un momento sorprendidos de su hermosura, y calmadas sus risas por un involuntario respeto, místranse mutuamente prorrumpiendo en esta exclamación: «¡qué diablos! ¡y creíamos que habian estado en el baile todas las hermosas de Madrid!»

### III.

Hay una calle en alguno de los barrios meridionales de esta Corte, que encierra en su breve recinto mas aventuras que un drama moderno, y mas procesos que el archivo de la audiencia. Esta calle, conocida harto bien de la policía civil, descuidada demasiado por la urbana, cuenta entre sus moradores cantidad considerable de profesores industriales y manufactureros, modestos paladines, músicos guitarristas, cantadores en falsete, matronas benéficas, doncellas recatadas, viajeros berberiscos, viejas mitradas, mozos despiertos, maridos dormidos, y muchachos del comun.

No sabré decir á cuántos grados longitudinales se estende el dominio é influjo de esta calle, pero bien podremos considerarla como el centro y emporio del Madrid meridional, que se dilata (según la opinión de los mas acreditados geógrafos), desde las *vistillas de San Francisco á la iglesia de San Lorenzo*, comprendiendo en su extenso dominio multitud de pequeños estados mas ó menos independientes ó feudatarios, en que varían tambien las leyes, usos y costumbres de sus respectivos moradores.

Ahora, pues, no es del caso fijar la estadística, ni hacer el declive de tan considerable agrupación de pueblos, y bastara para nuestro propósito supovernos llegados al centro capital (la calle ya referida), en la mañana del miércoles de ceniza del año de gracia de mil ochocientos treinta y...

De contado, podemos asegurar que á la hora que corre, duerme y descansa de sus fatigas de la pasada noche el *Madrid-Norte y Centro-Madrid*, pero vela y pestañea en toda su actividad el *Madrid-Sur*; á la manera de aquel gigante de que nos habla Homero que mientras dormia con la mitad de sus ojos, velaba con la otra mitad. A este Madrid, pues, agitado y bullicioso, á este ojo del gigante despierto y animado es á donde hoy dirigimos nuestro rumbo, al través de los vientos y á bordo de un menguado y azaroso calesín.

Fuerte cosa es que la maldita política que todo lo invade (menos mi pluma) nos vaya empobreciendo continuamente el diccionario, ó como decia el médico Bartolo, *secuestrando la facultad de hablar*. Sino fuera por ello no hubiera salido la voz *programa* de sus modestos límites, de simple anuncio ó según la define el diccionario de la academia «el tema que se da para un discurso, ó cuadro». Pudiera yo entonces á mansalva usar aquí de esta voz, sin riesgo de alusiones de ninguna especie; mas ya que la fuerza de los usos contemporáneos nos traigan á término que sean necesarias estas continuas salvedades en el lenguaje comun, debo decir en descargo de mi conciencia, que aquí solo trato de un anuncio, ó *vade-mecum* que me entregó el calesero á

tiempo de darnos á la vela, y en menguado papel asqueroso y mugriento, y con trazos de pluma un sí es no es inesperto y vacilante decía: «*Programa de la solene función y estupenda asonaa que á celebrarse el miércoles de ceniza de esta corte, como es uso y debida costumbre en toa la cristiandá de estos barrios, saliendo la procisión den ca el tío Chispas el taernero, crofada mayor de la sardina con el entierro de este animal y too lo demás que aquí se relata.*»

Dejo sospechar al piadoso lector lo grato que para un asistente al espectáculo habia de ser encontrarse á dos por tres formulado el espectáculo mismo, y tener en la mano sin ulteriores explicaciones la clave de

aquella cifra. Seríalo emperó todavía para muchos de mis lectores si me contentase con estampar aquí punto por coma (ó por mejor decir, sin unos y sin otras, porque de ambos carecia) el tal programa; pero en cumplimiento de mi propósito y para edificación del auditorio, habré de trasladarle del idioma de Germania, al comun castellano; de los límites de letra muerta al animado espectáculo de cuadro en acción.

Esto supuesto, y supuestos tambien los oyentes en el punto término necesario para disfrutar de tan halagüeña vista, procederémos en la descripción por el orden siguiente.



Rompian la marcha bailando hacia atrás y abriendo paso con sendas estacas y carretillas disparados á los pies de las viejas, hasta una docena de docenas de picaros en agraz, fruta temprana y de grandes esperanzas, en quienes la elocuencia del foro funda su futura prosperidad, y los caminos y canales su inmediata mozallones,

Seguían en pos otros ciento ó doscientos mozallones, ya mas cariacontecidos y con diversos disfraces, cuales de ruedos y esteras en forma de monaguillos, cuales con cabezas postizas de carneros (figurando ir disfrazados) cuales de encorizados y penitentes, cuales de herberiscos y soldados romanos: entonaban los unos un cántico endiablado no sujeta su letra á ningún diccionario, ni su música á ningún diapason; mojaban los otros sendos escobones en calderos de vino con que hacían un pro-

fundo asperges en la devota concurrencia; retozaban bestialmente los de mas allá disparando al aire soberbios garrulazos, manotadas y pescozones. Amenizaban el conjunto de este grato episodio cuatro ó seis gatazos negros atados por la cola ó por las patas en la punta de un palo y enarbolados en alto á guisa de peudones; cinco docenas de esquilones de todos tamaños movidos por robustos puños y en pugna con otros tantos collarines de campanillas y cascabeles puestos igualmente en palos ó en los pacientes cuellos de los hermanos de la cofradía de S. Marcos, que en union con la otra de la Sardiná celebraba igualmente tan estupenda función.

Descollaba despues un gran coro de vírgenes desenvueltas, de sonrosadas mejillas, ojos rasgados, nariz chayta, labio retorcido, cesto de trenzas, mantilla al hom-

bro, brazos en jarras, y colorado guardapiés. Estas tales con aventadores de esparto dirigen sus expresivos saludos á una y otra fila de concurrentes; mascaban-higos ó mondaban naranjas y arrojaban las cascacas á las narices del mas inmediato; bailaban y se pinchaban con alfileres ó repicaban las castañuelas y cantaban el *¡ay ay ay!*

Seguían luego los maestros de la ceremonia; caras rugosas y monumentales; páginas elocuentes de la humana depravacion; pliego de alaluyas de la vida del hombre malo; facsimile de los caprichos de *Aleaaa*; y original, en fin, de los sainetes de *Cruz*.

Allí, como si digéramos, se hallaba el núcleo del drama, el primer término del cuadro, el fondo de la cuestion principal. Allí el *tío Chispas*, director de la escena, ostentaba su grande inteligencia ante los tímidos ojos de la *Chusca*, moza de siete cuartas, aventurada y resuelta, con mas desenfado de accion que un molino de viento, y mas sal en el cuerpo que la montaña de Cardama. Allí *Juanillo* (alias *Vinagre*) con un pañuelo en la cabeza y una manta pendiente del hombro, miraba á entrambos con ojos amenazadores, y su feroz expresion y su atezado rostro, ofrecían un fiel trasunto del celoso amante de *Desdenmua*. Otros grupos mas ó menos interesantes retrataban todos los grados posibles del amor carnal, desde la primera mirada incentive hasta el último desdeñoso puntapie. Allí en fin, los maridos de aquellas deidades, último término del cuadro, formaban una gruesa falange, y seguían apresurados el trote de los delanteros, todos revueltos, mansos y bravios, como en el camino de *Abrunjal*.

Sostenida en hombros de los mas autorizados, y en un grotesco ataud, se elevaba una figura bamboche formada de paja y con vestido completo, el cual pelele era una *vera estigias* por su trage y hasta sus facciones del señor *Marcos*, marido y conjunta persona de la *Chusca*, é cuya ventana habia estado espuesto de cuerpo presente en los tres dias de carnes-tolendas; ofrenda dirigida por sus propias manos, en obsequio del faraute de la fiesta, su predilecto y osado *Chirlo*, y emblema harto claro para él y para los circunstantes y únicamente mudo para el cándido original de aquella ingeniosa mistificación.

En la boca del pelele, y casi sin que nadie lo echase de ver, una misera sardina iba destinada á la fatal huesa, sucediendo en esta fiesta como en otras mas importantes en que la multitud de accesorios cubren y hacen olvidar el objeto principal.

Precedían, seguían ó esperaban á tan régia comitiva en todos los puntos de la fiesta, diversos *Coros* ó estaciones por lo regular delante de los puestos de licores ó de las calderas de banuelos, en estos términos,

#### *Coro de doncellas.*

Las que envuelven cigarros en la fábrica del Partillo de Embajadores.

Las que pasean entre dos luces desde la red de San Luis á la plazuela de Santa Ana, dedicadas al comercio por menor.

Las que hacían de Madre España, y de virtudes teológicas y de diosas del olimpo en las funciones de la jura.

Las que venden rábanos en verano, ó avellanaz en feria, ó naranjas en primavera, ó castañas en invierno.

Las que vinieron de su pueblo á servir á un amo, y asoló su humildad por servir á muchos, barro fragil de Alcorcón sujeto á golpes y quebraduras.

#### *Coro de mancosos.*

Todos los que asisten al encierro del domingo, los que pueblan la cuerda de la plaza, los que venden bollitos ó trucheros por vino agua de naranja ó café.

Los que hicieron el paseo de Recoletos, ó prestaron iguales servicios al estado en puentes y calzadas.

Los que forman las diversas comisiones de industria de esta Capital; comision de pañuelos, comision de relojes, comision de cuarenta horas, comision de posadas y forasteros.

Los que juegan á la barra en las tapias de *Chamberl*, ó cantan amores á las niñas del *Manzanuarez*, ó cobran el barato en la virgen del Puerto, ó venden caballos en el portillo de *Lavapiés*.

Todos los estropeados de los ojos ó piernas, que los tienen buenos para huir de S. Bernardino; ó los que rascan guitarras á las puertas del javiten, ó sanan de sus accidentes epilépticos á la vista de un alguacil.

#### *Coro de inocentes.*

Todos los que venden fósforos y libritos de papel en la Puerta del Sol y sus adyacentes.

Los que cargan arena en los altos de S. Isidro, ó juegan á las alaluyas en el campo de los Guardias.

Los que arrojan carretillas ó garbanzos de pega á las faldas de las mujeres, ó apalean los perros ó cogen la fruta de los puestos y echan á correr.

Los que voceran por las calles, y el papel que ha salido nuevo, ó acompañan á los héroes en sus triunfos y á los reos en su suplicio; órganos destemplados de la pública opinion, fuelles del aera popular.

Todas estas y otras muchas clases que sería harto prolijo enumerar, alternaban confusamente con los enjaezados caballos, las campanillentas calesas, los perros abulladores, misteras espantosos, fuegos y petardos disparados al viento.

En tan amable desorden y con la progresion que es consiguiente al continuo trasiego del mosto desde las botas á los estómagos, descendió la imponente comitiva hacia la puente toledana, siguiendo á lo largo por las frondosas orillas del canal, y dándosele una higa así de la elegante Capital que dejaba á la espalda, como del fúnebre cementerio que miraba á su frente.

La butlessa y profana parodia se verificó en fin con toda solemnidad; ni se economizaron los cánticos burlescos, ni las religiosas ceremonias; el misero pececillo quedó sepultado, cerca del tercer molino, en una profunda huesa y dentro de una caja de turron: el pelele *tío Marcos* ardió ostentadamente encima de una elevada pira, y creciendo con las sombras de la noche el bullicio y la embriaguez, agilitonase mas y mas los ánimos, callaron las lenguas, hablaron los garrotos, y para que nada faltase á la propiedad de aquellas profanas exequias, diversos combatientes á la luz de las llamas se entregaban mutuamente á la mas encarnizada pelea...

A la mañana siguiente la gente se agrupaba á mirar por la reja que hay debajo de la escalerilla del hospital... Dos cadáveres mutilados y desconocidos yacían espuestos, hasta que algun pasajero pudiese declarar sus nombres y la causa de su muerte... ¡Sus nombres!... ¡la causa de su muerte!... la *Chusca* los sabía, y todo el barrio menos el *tío Marcos* los adivinó.

## HISTORIA NATURAL.

## DE LOS VENENOS.

Una sustancia venenosa introducida en grande dosis en el estómago, en los pulmones, ó en la sangre, provoca una revolución que puede terminar con la muerte. Estas dos circunstancias constituyen lo que se llama envenenamiento. El segundo, que es la dosis, no es menos esencial que el primero; pues la medicina emplea todos los días en mínimas dosis estas sustancias venenosas que lejos de producir los síntomas y la catástrofe del envenenamiento, sirven para restablecer nuestra salud.

Los venenos se encuentran en los tres reinos de la naturaleza. En el reino animal en la clase de venenos gaseosos se encuentran el hidrógeno sulfurado y el amoníaco que se exhala de las sepulturas, y de otros en que se encuentran sustancias animales en estado de putrefacción. En cuanto á venenos sólidos, se encuentran en algunos animales cuya carne se come, lo que prueba que esta no tiene siempre la misma malignidad, como son el cangrejo, los peces de agua dulce, las almejas, ostras etc. Estos animales padecen algunas enfermedades, por los alimentos con que se mantienen en algunas estaciones del año, los que mudan las propiedades que su carne egerce en nuestro estómago. Los venenos mas peligrosos del reino animal estan en estado de líquidos, y obran por inoculación, como la baba de los perros rabiosos, el veneno de la culebra de cascabel y de las víboras; el de muchos insectos como la araña, tarántula, el tábano, y la abeja.

El reino vegetal nos suministra con mas abundancia y con propiedades mas energicas estas sustancias venenosas.

El *upas tinsté*, *upas athiar*, y todos aquellos jugos vegetales en que los salvages mojan la punta de sus flechas, dan la muerte á los pocos segundos de haberse mezclado con la sangre de la herida. Entre ellas se cuenta el ácido *prúxico* extraido para las operaciones de química de las almendras amargas y del laurel-cereza. Los mismos trabajos químicos han aislado tambien la materia activa de la mayor parte de los vegetales acres; estas producciones se encuentran, sin embargo, en el comercio de la farmacia bajo el nombre genérico de *alcalis* vegetales, causando la muerte cuando se suministran en dosis de algunos granos. Un proceso reciente ha dado una desgraciada celebridad al acetato de morfina, que proviene del jugo de amapola oriental ó opio. Otros menos conocidos son casi tan activos, como la *estricnina* y la *brucina* extractadas de la nuez vómica, la *emetina* extractada de la raíz de ipecacuana, la *pirotoxina* extraida del *haba de San Ignacio*. La veratrina extractada del *elébore*; la *delfina* extractada de la *estafiságrica*. La solanina y daturina extractadas del pomo espinoso. La atropina extraida de la *bella-dona* y del beleno.

Todas estas producciones son remedios muy activos y muy útiles en pequeñas dosis; por esto la química moderna ha procurado con tanta solicitud su separacion de los materiales inertes que las envuelven. Es muy singular que en dos familias de vegetales, en las que hay muchas plantas venenosas, se hallen tambien otras que nos sirven de alimento; la cicúta es de la familia de las umbeladas, como la chirivía, la zanahoria, el perejil y el perifollo. La patata, el tomate y la dulcamara son de la familia de las solanacias, como la mora y el pomo espinoso.

Aunque el reino mineral no contiene mas cantidad de venenos, al menos su uso es mas abundante en la medi-

cina y artes, por cuya razon se ofrecen mas comunmente á la imprudencia, á la malignidad y desesperacion. Las sales y óxidos metálicos de plomo, de arsénico; los ácidos sulfúrico, hidroclórico, nítrico, la sosa, cal, y amoniaco se emplean en casi todas las artes: el cobre, que con los cuerpos crasos se altera, está empleado en los utensilios de cocina.

Cuando los síntomas de un envenenamiento se manifiestan, y no se sabe con que sustancias ha sido ocasionado, ¿podrá atribuírse las mas veces á un envenenamiento mineral? El envenenamiento de sustancias vegetales se conoce por sus síntomas algo diferentes. Los accidentes son menos violentos que en el metálico, y cuando se tiene que obrar con alguno de los venenos vegetales acres, toman una fisonomía mas particular.

## POESIA.

*T*odo es pálido despojo  
Del hastío y del dolor;  
Todo causa triste enojo  
Sino la anima el amor.

Vagará el hombre con incierto paso  
Por el desierto estéril de la vida  
Estando de placer,  
Y allá mirará en el perdido oasis  
Su mísera existencia marchecida  
burlarse y parecer;  
Si el Racedor, al arrojarse al marado,  
Valle de llanto, donde es todo alzára  
su Alcega el dolor,  
A su abrazado labio muribundo  
Alguna vez, piadoso, no acercará  
la copa del amor.  
¿Qué fuera el hombre en el mudéano suelo  
Al duro remo de la vida atado  
cual flata servil,  
Si no ve don consolador del Cielo  
Que ablanda el corazón emponzoñado  
de efímera reptil?  
Fuera un vagel en procelosas mares,  
Flota, vacilante sobre inmensa tumba,  
sin guía ni timón;  
Que entre el clamor de límbres cantares,  
Al sumergirse entre las ondas, zumba  
con fatídico son.  
Fuera una sima cavernosa, oscura,  
De nunca el astro bienhechor del día  
osara penetrar:  
Cuerpo sin alma, mágica figura,  
Aberto de la urbieste fantasía,  
espacio por llenar.  
Tigre acullado al belicoso estruendo  
Del ronco parche y hórrido estampido  
de atronador cañón;  
Oyera el grito mutador, barriendo  
Só sentir en su pecho endurecido  
latir el corazón.  
Viera á sus plantas el sepulcro abierto,  
Bebiendo ansioso de la parca insana  
el alito glacial;  
Ansioso de arrojarse en el desierto  
De su existencia efímera y mudéana  
el despojo mortal.  
Y pasara en la tierra cual pastora  
La vil culebra sobre inundo cieno,  
holando con desden  
La fresca planta que el vergel sombrea,  
Y el áureo caliz de la rosa lleno  
de aromas del Edén.

Mas ese Supremo Ser  
Que al hombre en su maldición  
Predestinó á padecer,  
Le ofreció por compasión  
El amor de una mujer.  
Le dió para su ventura  
Una angelical belleza  
Llena de gracia y ternura;  
De candor y de hermosura;  
De pasión y gentileza.

Le dió en ella á respirar  
Una aromática esencia;  
Le dió una vida que amar  
Y un Dios á quien adorar  
Con frenética vehemencia.  
A su aspecto caudoroso  
Ebrio el hombre de alegría  
Vió en el golfo tenebroso  
De su existir proceloso  
Que un faro brillante ardía.

Entonces la barca alára  
Que á otro mundo le pasára,  
Su esclava existencia amó  
Y á Dios, humilde, rogó  
Que navegar le dejará  
En el golfo en que nació.

Placer encontró en vivir;  
Sus penas trocó en placer,  
Y vió en su mente nacer  
El sueño del porvenir,  
Desde que llegó á sentir  
Las caricias de otro Ser.

Ya su fiereza reudida  
Dió entrada á la compasion,  
A ese destello de vida,  
A esa dulce sensación  
Que imprime en el corazón  
Una lágrima vertida.

Y la maldad inclemente  
Perdió en él su poderío,  
Cual en las ondas del río  
Pierde su espuma el torrente,  
Cual se deseca la fuente,  
Cual se evapora el rocío.

¿Qué importa mirar el campo  
Cubierto de ricas flores,  
Y esmaltado de colores  
Al prado fragante olor

exhalar?

¿Qué importa que en raudo vuelo  
Pueblen el aire las aves,  
Y que en cánticos suaves  
Saluden al resplandor

luminar?

¿Qué importa que en blanca plata  
Del claro y undoso río  
Pueda el pez á su albedrío  
El aucha cola escamosa

caudir?

Y que en escondida mata  
Duerma a liebre serena,  
Y se mire en la colmena  
A la enjambre laboriosa

rebullir?

*Todo es pálido despojo  
Del hastío y del dolor;  
Todo causa triste enojo  
Sino lo anima el amor.*

Así cantaba un doncel,  
Y al propio tiempo escribía,  
Y llanto de amor vertía  
Sobre el húmedo papel.

Iba á añadir un renglon  
Y se detuvo un momento,  
Arrobado el pensamiento  
En fantástica ilusion.

Pensó que la hermosa Lúara  
Cual la sílfide ligera  
Le miraba placentera  
Y columpiaba en el áura  
Su trezada cabellera.

Y que una mano de nieve  
Su mequilla acariciaba,  
Y de su pecho exhalaba  
Suspiro ardiente aunque leve  
Que sus venas silababa.

¡Mas ah! que el dorado sueño  
Se huyó cual es la tormenta  
La luz del Cielo se ahuyenta  
Con su brillo y su calor.

Y el doncel tornó á su letra,  
Lleno de rabia y sonrojo;  
Todo causa triste enojo  
Sino lo anima el amor.

C. DIAZ.

## GRÓNICA.

### CAJA DE AHORROS

DE MADRID.

Hay Domingo 17 de Febrero queda abierta desde las diez de la mañana la *Caja de ahorros* creada en esta capital á virtud del Real Decreto de 25 de Octubre del año próximo pasado de 1838 (1).

Nuestros lectores han podido observar en los varios artículos que en diversas ocasiones hemos dedicado á la esplicacion de las *Cajas de ahorros* y sus ventajosos resultados en los países extranjeros, la importancia que damos á esta benéfica institucion, verdadero blason del siglo actual; y nuestros vivos deseos de ver aclimatada en España un establecimiento que hace mas de treinta años poseen abundantemente la Inglaterra, Suiza, Holanda, Bélgica, Francia, Alemania, y Estados unidos de América. Aquellos deseos se ven hoy por fin realizados, y no dudamos que correspondiendo el éxito á las justas esperanzas concebidas, la *Caja de ahorros de Madrid*, que queda abierta hoy, podrá servir de ejemplo y norma para otras de igual clase en las capitales de provincia, generalizando de este modo á toda la poblacion de España los beneficios de tan sabia institucion.

Creemos también que el pueblo madrileño, que encierra en sí tantas clases laboriosas, tantas personas á quienes las desdichas de la época hacen mas y mas necesaria una prudente economia, se apresurara á aprovechar de este ventajoso medio para asegurarse á sí mismos ó á sus hijos un porvenir mas halagüeño, y mediante una ligera imposición semanal desde la mínima cantidad de *cuatro reales* hasta la de *trescientos* inclusive, formar un pequeño capital, que á cubierto de todo riesgo, y aumentando constantemente por el interés compuesto, pueda ofrecerle un estímulo en sus trabajos, tranquilidad en sus adversidades, y risueña perspectiva en su porvenir.

Sabemos que las personas que forman la Junta directiva, no contentas con haber aceptado este honorífico y gratuito encargo y haber vencido todos los obstáculos hasta su pronta realizacion, dedicando á ello todos los medios que su ventajosa posicion, su celo y probidad les permiten, han hecho invitaciones á las autoridades locales, á los Señores Curas párrocos, á los dueños de fabricas y otras corporaciones y personas que por su carácter y circunstancias pueden influir en generalizar la idea entre los artesanos y demas clases laboriosas, rogándoles que se sirvan prestarse á este acto de verdadera y sólida beneficencia, contribuyendo de este modo á moralizar las costumbres, y á propagar el amor al trabajo, único manantial de la riqueza pública y privada. Unimos nuestra escitacion á la de la Junta directiva de la Caja, y al paso que la dirigimos á nuestros lectores de todas clases (porque á todas alcanza en el día la necesidad de una prudente economia), les ofrecemos darles noticia semanalmente del resultado numérico de las imposiciones en la caja, con las demas observaciones que nos sugiere nuestro buen deseo.

(1) La Caja está situada en la casa del Monte de piedad, plaza de las Descalzas.